

LA MUJER INVENTADA

Luis Junco

Puedo recordar con precisión el momento exacto en que inventé a Sara. Iba yo de la mano de Eva en uno de esos días hermosos del otoño en los que el sol de atardecer, prendido a la fronda de los plátanos, parece caer sin ruido y crepitar a nuestro paso con sonido de hojarasca. Una ráfaga de viento repentina alzó hojas muertas, alborotó los cabellos y el abrigo y de frío manotazo pareció desasirme de la mano de Eva y poner en su lugar la de una extraña. Era una mano suave y afectuosa, de dedos largos y efusivos que pugnaban por enredarse en aquellos míos aquejados por la rigidez de la sorpresa. Tenía que ser alta, decidí en un instante, de figura grácil y esbelta, cabello negro, largo, y una cara en la que sólo fui capaz de inventarme la sonrisa: un mohín dulce con un dejo de tristeza reservada. Debí permanecer absorto un largo trance, pues, cuando volví a verme, lo hice desde las quietas aguas de un estanque en el confín del parque. De debajo de una hoja a la deriva emergió un frunce en la frente inocente de Eva, su mirada inquisitiva y extrañada.

— Nada...—le susurré nerviosamente—. No ocurre nada.

Me llevó toda la noche la invención de sus ojos. Fragar un color en la oscuridad del cuarto, el brillo adecuado, la opacidad debida; hacerles escapar de los fulgores devastadores de mi insomnio, del chirriar perturbador de la cama, de las desordenadas pesadillas de mi espíritu, del acecho instintivo de los ojos de Eva rondando por todos los rincones del cuarto. Me doblegó el cansancio, me dormí. Pero al día siguiente ellos me despertaron, acabados: prístinos, negros, sonrientes. Al otro lado de la cama, los de Eva se removían bajo los párpados dormidos, burlados por aquella extraña fugitiva que, sigilosamente, se había escurrido al otro lado.

Cómo creció luego es un misterio: pero lo cierto es que lo hizo sin depender de mí, libre y con un aire de desdén a mi impulso inicial y volitivo. Me sorprendía encontrarla en cualquier parte: en todos los cuartos de la casa, en el vestíbulo, en el paseo más impensado por el parque, en cualquiera de esos lugares de la ciudad a los que uno acude por cualquier motivo. Me desconcertaba su parquedad de palabras, el mirar derecho y repentino, la fugacidad de su roce. Me admiraba la serenidad de su rostro mientras contemplaba los crepúsculos. Por ella aprendí cómo se pintan las acuarelas, conocí el Adagietto de Gustav Mahler y cuál es el instinto que guía el camino de ciertas aves migratorias. Por ella conocí también algunos defectos de Eva que antes no había visto.

Me enamoré de Sara, cómo evitarlo. Aunque, al principio, intenté negar toda evidencia. Traté de imponerme su presencia con la actitud distante de quien se encuentra ante algo ajeno, como se da acogida a una melodía dulcísima o se palpan las líneas suaves de un viejo Stradivarius;

su ausencia, uno de esos tantos días, gris y triste, que se combaten con lectura y fuego, el Concierto Triple de Beethoven o un largo paseo bien abrigado. Nada más. Pero comencé a adelgazar de manera alarmante, pasaba interminables noches de vigilia, la presencia de Eva se me hacía cada vez más tensa y dolorosa. Nuestros paseos usuales adquirieron el paso vacilante de los ciegos en pos de luminosidades presentidas. La mano antes cálida de Eva, la renuencia de un lazarillo indeciso. Un día sorprendí una lágrima en sus mejillas y comprendí que lo sabía todo. Desde entonces decidí afrontar mi verdadera relación con Sara, entrar en ese laberinto de sufrimiento y éxtasis, celos y abnegaciones que constituye el juego arcano del amor. ¿Qué importancia tenía el que aquella mujer fuese inventada?